

VIOLINES EN EL BOSQUE

VÍCTOR
BUSTAMANTE⁵⁰

Este relato nace a partir de ciertas coincidencias. Una de ellas, la biografía sobre el enigmático Macedonio Fernández de Álvaro Abós, traída de Argentina por el poeta Luis Iván Bedoya; otra, probar la yerba mate, mítica y generosa, cebada en una bombilla también traída como recuerdo de Buenos Aires por el poeta, luego de su disfrute a la generosa jubilación. Sé que mediante la infusión de esa bebida tengo la presencia del ser argentino. Otra, la curiosidad sobre una persona mencionada en ese texto: el geógrafo y utopista –y sobre todo, anarquista–, Elíseo Reclus.

Debido a la fatalidad, vestida y recubierta de sombras, un pájaro negro, sucio y doblemente negro se ha posado sobre mi ojo izquierdo. Solo tengo la mitad de mi visión. Solo sé que debo caminar

⁵⁰ Novelista, cronista, ensayista y poeta. Economista de la Universidad de Medellín.

con cuidado para no tropezarme con los caminantes citadinos, solo sé que mi estado físico comienza a derrumbarse. Algo es cierto: mi ojo comenzará a mostrarme solo pocos colores.

Mientras estuve boca abajo, unos terribles seis meses, adquirí dos hábitos: fumar de una manera desenfrenada tres paquetes de Pielroja y escuchar la programación de la radio desde la madrugada hasta la madrugada del otro día. Sé que el desprendimiento de retina es uno de los más temibles sufrimientos, sé que nunca volveré a ver de una manera normal, sé que el mundo de sombras comienza hasta llegar la gran sombra total y definitiva que es la muerte. No voy a negarlo: lloré, he deseado suicidarme. Me abatí contra estos temibles monstruos que desvelan, porque no existe algo tan patético como habitar el mundo de las sombras.

Ateo de estirpe tardía, busqué consuelo en la ficción de un dios que curó ciegos y levantó muertos, pero sabía que de pedirle tanta gente en dos mil años, él se había vuelto ciego y terco. Decidí buscar un santo nuevo. Existía uno local y de moda, san Marianito, pero lo deseché porque tampoco escucharía mis plegarias. Recordé el proceso de beatificación de la madre Teresa de Calcuta y de inmediato me enamoré de ella. Busqué su foto en la red de hilos invisibles del Internet y comencé a rezarle cada noche. Como un precioso talismán me adherí sobre el ojo operado una hoja de palma de Semana Santa, que previene los terribles aguaceros de noviembre, y me dediqué durante cinco meses a pedirle el favor de recuperar mi visión. Me volví bueno, a la brava, y decidí leer dos libros aplazados de la Biblia: los Salmos y el Libro de Job, ese Ciorán del Antiguo Testamento, además de ciertos consejos sobre la miseria humana y cosas de esas. La rogativa falló, como debía ser, pero aún guardo la esperanza de que llegue José Gregorio Hernández con su aroma a alcohol y sus gasas, y me practique una operación. Mientras el médico venezolano le da por visitarme, he decidido vestirme de indígena, y encendiendo una fogata en mitad del cuarto, danzo, pidiéndole no sé si a la Luna o a algún espíritu lejano que me cure.

Como consuelo llegó de nuevo otra cirugía, de cuatro en total, no para que el ojo viera, sino para evitar que se volviera pequeño y entonces tener que cubrirlo con un parche de pirata. Palabras como “tuerto”, “ciego”, me hicieron sentir terriblemente oscuro... o mejor, medio oscuro...

pirata de ocasión. Polifemo sin Circe. Debí recluirme en esas sombras y en esa inmovilidad que nada puede. Transcurridos seis meses de pedido, el milagro no ocurrió. La santa nueva y fresca, que sería escuchada con ángeles, trompetas y fanfarrias celestiales, nunca acudió a mi llamado. Debí escudarme en esa suerte de mística práctica que es la resignación, esa fruta amarga de los que creemos en un dios cuando ocurre nuestra mayor adversidad. La santa, que pensé, me llegaría a curar, nunca fue escuchada. O a lo mejor fui yo el no escuchado. Era difícil que se pegara mi retina con oraciones. Con esa falsa fe adquirida con temor, aprendí a dirigirme a la santa de la lejana India con palabras de mi mayor falsedad: ayudadme. Por supuesto, ninguna de esas ayudas llegarían para un ateo y libertino. Deseé que me raptaran los extraterrestres hacia otra galaxia y que me curaran, pero ninguno me visitó a pesar de haberlos esperado muchas noches mirando el cielo estrellado. Debí resignarme a la mayor pobreza tecnológica: echarme gotas en los ojos y mantener la cabeza colgada durante seis meses que, contados minuto a minuto, fueron no solo un calvario, sino un castigo sereno.

La otra casualidad fue otra historia, que podríamos llamar de amor, y que se echó por la borda. Era amigo de una mujer bella que se alertó ante mi oficio: no el de maestro de vocación, con los pocos honores que esta labor implica, sino el del maestro estancado en el camino de la miseria práctica, como realmente es. Ella huyó con mi hijo, junto a un ingeniero. Ella no podía soportar a un hombre ciego en casa, un inútil, un maestro y, además de eso, con ínfulas de escritor. Ella nunca estaría al tanto del riesgo que corre quien se mete a esta labor, y termina siendo un disidente; nunca sabría conjugar estas palabras de Macedonio: “Sin poderíos ni gloria, por la sola certeza de la Pasión”, o estas referidas a Benjamín: “Nunca escribió con ayuda económica, sin prisa y por eso es doblemente valioso”. Siempre al margen, creador sin compromisos era la consigna de mi otro yo: B. Rojas.

Ella sabía que mantener un inútil –inútil y ciego– era un lujo que pocos podrían asumir. Además cometí la torpeza de dejarla leer sobre la vida de Juan Ramón Jiménez: se aterrorizó de la relación con su esposa. Ella, mi amante, solo quería el mar, la playa, un auto y un esposo con dinero, profesional, adinerado... no un ciego, lujo de las sombras. Sé que en estos

tiempos de mi desvelo, tiempos de mi vigilia, comencé a lavar mi imagen, los vicios, la pasión desenfrenada, mi irresponsabilidad de amanecer escribiendo, o sumido en un libro. No obstante, la sicóloga de la iglesia pentecostal le aconsejó que era mejor pagar los diezmos que mantener a un escritor en ciernes. Se alejó, nunca llegó a imitarme, nunca se atrevió a darme un hijo, simplemente se fue como debe hacerlo una mujer de principios. En esto soy un traidor para los anarquistas: aceptan el amor libre pero no el amor paralelo con otras dos mujeres.

Ahora me descubro preso de mis ojos y de la consolación de la escritura. Fui echado a las tinieblas del olvido, dejado de lado. Debí aprender a vivir de nuevo, en ese horizonte que se abre cada día, cada hora, con ese destino del escritor, viajero inmóvil a la deriva. Un viajero que sospecha cómo su final –y esto lo digo sin alarde– está cerca.

La fallida tarea del anarquista y utopista Eliseo Reclus continuó rondando en mi mente al leer el libro sobre Macedonio, así que me armé de deseos para indagar sobre él. Abrí el libro, uno de esos que son mi bitácora inicial para conocer un personaje: la Enciclopedia Sopena, que me entregó estos datos que transcribo de una manera ligera. Juan Jacobo Eliseo Reclus, escritor y geógrafo francés que residió en la Nueva Granada. A su regreso a París, en 1857, publicó *La Tierra, descripción de fenómenos de la vida del globo*.

Con estos pocos datos me dispuse a sumergirme en su vida. Mientras tanto, me enamoré platónicamente de mi retinóloga. La deseé, pero una mañana me enseñó la verdad de su carácter. A una madre le señaló, con esa frialdad de médico, que a su recién nacido era imposible mejorarle la visión. La madre lloró. Y a mí, hombre adulto, me sentenció: “Se lo digo de una vez, ese ojo le servirá como adorno”. El otro médico, Óscar Santos, anotó que aprovechara el ojo derecho. Midió la presión de ambos globos oculares, y manifestó sus temores –perdón: mis temores–: que me diera por bien servido al no tenerme que implantar un ojo de vidrio. Me imaginaba a David Bowie y su ojo de otro color; me imaginaba sacando mi ojo de vidrio, limpiándolo en las mañanas. No sabría con qué brillarlo y fijarlo en su sitio para que no se corriera por nada del mundo; o podría utilizar gafas oscuras permanentes, como un actor de cine, o mirar el mundo como Sartre, con el ojo que se desliza en su mirada perezosa.

Ese fue otro miedo. Ahora estaba dispuesto a empezar otra vida; lo que me resta de otra vida. Algunos escritores me dijeron que, como Borges, podría ser famoso, pero no estaba dispuesto a esta tontería. Me retorció de envidia no poder ver tantos pubis angelicales que aún faltaba por conocer.

Sigo con Reclus: quiso construir una comunidad de hombres, viajar desde la remota Francia a la Sierra Nevada. Lo imité: quise construir una comunidad, un serrallo con mis veinte mujeres e hijos para que viviéramos en colectividad a la manera de Fourier. Mi última mujer, Fátima de Velásquez, católica conversa y conversadora, pronto decidió que no, y dejó perder su partido. Quería a toda costa que ellas se hicieran amigas. Yo sería el tronco de esa familia pero nunca sería un mormón. Eso sí: no sabría cómo mantenerlas a todas, y a gusto; no sé cómo iría a mentirlas, pero el resto de mujeres aceptaron vivir esta experiencia. Faltaba convencer a esta, pero nunca quiso. Viajaríamos en barco hacia la Sierra Nevada. Las condiciones eran las mejores: buen clima y buena mar, sol esplendoroso y un nuevo invento para el libertino: el Viagra, para la bisagra, la bendición de los mayores. Leí tratados sobre una gran familia, tenía la traducción dejada por Salomón. Este príncipe, tan inteligente, era un buen ejemplo. Habría libertad de conciencia, de religión, de raza. No habría discriminación. Seis meses bocabajo me dispusieron para esta nueva aventura con cara de utopía, solo unas y otras deberían ser fieles a su príncipe de las tinieblas: yo. B. Rojas: ahora lo publico y lo patento.

Soy anarquista total, nada ni nadie podría sacarme de esta veleidad, visto mi camisa negra. Han pasado toda clase de ideologías, desde el Marxismo, la otra religión civil, hasta el escepticismo a ultranza o el nihilismo cercano. Todas las ideologías han caído, menos el anarquismo: el último sueño y única aventura que no ha sido llevada hasta sus últimas consecuencias. No creo en nada, ni en nadie. Somos enemigos, soy enemigo de todo tipo de poder, de todo tipo de jerarquía. Es difícil no creer en nada, es como estar muerto; pero al mismo tiempo es una manera de no vivir presupuestos ajenos. Nada es demasiado, añadió alguna vez Platón, y eso es más que cierto. Mi biblioteca ideal solo la componen textos anarquistas. Allí nunca entrará el papa, ni cualquier autoridad civil, eclesiástica, militar, ni intelectual. Los estantes se pueblan con textos

diversos: *Dios y el Estado* de Mijail Bakunin; *La evolución, la revolución y el ideal anarquista* de Eliseo Reclus; ¿Qué es la propiedad? de Pierre Joseph Proudhon, *Palabras de un rebelde* de Piotr Alexeievich Kropotkin, *Memorias de un revolucionario* de Víctor Serge, así como numerosos trabajos de Sebastián Faure, de Anselmo Lorenzo, de Ricardo Mella, la biografía sobre Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti; algunas anotaciones de Enrico Malatesta, de Giuseppe Fanelli, ejemplares amarillentos y manoseados de la revista *Madre Tierra*, de Emma Goldman y una fotografía pequeña con grafitis atribuidos a ese icono del 68: Cohn-Bendit.

Aún escucho una de mis canciones anarquistas: *Hijos del pueblo*. Una bandera rojinegra engalana las paredes de mi cuarto, y sobre ella, una amplia fotografía de Buenaventura Durruti hace las veces de centro sagrado. Algunas noches le enciendo veladoras, lo cual le da un carácter religioso, pero debo dejar esta costumbre para evitar canonizarlo. Cada año nos encontramos algunos fieles a él y la pasamos recordando, en la lejanía, a la derrotada España.

Somos personas desfasadas del contexto actual, somos individuos raros. Hablar de anarquismo ahora no deja de ser una *boutade*, un error. Negar el gobierno, cualquier tipo de gobierno, significa encerrarse en la mayor soledad. A un anarquista no le interesa ninguna clase de poder; le cabe un dicterio: sobra en toda sociedad y por eso es sospechoso. En cualquier ideología es un proscrito, siempre está en el afuera del afuera. La palabra nadie no mancha su frente, sino que es su mayor brillo. Un anarquista va más allá de cualquier credo y religión, no tiene patria, ni dios, ni bandera.

Con mis amigos de vez en cuando me reúno en la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores). En el exilio. Es nuestro mayor dolor. No tenemos personería jurídica, ni reconocimiento, luego de la derrota de la República. Exactamente no sabría decir en qué extremo ideológico nos encontramos: ni en la izquierda fascista, ni en la derecha fascista. Somos los eternamente derrotados, porque al ser anarquistas tampoco podemos tener un partido político, y al no tenerlo, tampoco tenemos dirigentes. Ser anarquista es una salvedad individual para no traicionar nuestros preceptos. Ahora vivimos nuestro otoño; es más, nuestro invierno, nuestra última tarde. Somos personas de edad que ya nunca veremos

los viñedos de Barcelona. Hace tiempo estamos muertos y creemos que nuestra derrota nos dio cierto carácter de ser invisibles. Nadie en estos tiempos posmodernos quiere ser anarquista, nadie en estos tiempos quiere estar lejos de un partido que lo proteja.

La infusión de yerba mate tiene un sabor amargo. Sé que es tedioso no creer en algún tipo de autoridad, pero también sé que por estas calles se debe pasar forjando algo que nos haga sentir vivos.

Soy una especie de bufón, pero sin ninguna contraprestación como ser golpeado por el rey si este no se ríe. A toda hora debo buscarle el lado cómico a los eventos y a las personas. Reírse de cada cosa es lo que desarma. Una sonrisa desbarata cualquier postura filosófica o ideológica. Cuando observo una persona de importancia, inmersa en su seriedad, sosteniendo puntos de vista con un tesón que mata, sé de lo indigno de sus palabras y con una sonrisa, desarreglo ese tipo de conjeturas. Reírse frente al rostro de otra persona es el mayor logro de la anarquía. La risa no necesita explicaciones, ensayos, teoremas, proyectos. Simplemente ahí está y ahí mismo marca y demarca el territorio de su descreimiento.

Aunque los bufones perdieron su rango, soy uno de ellos. Me desdoblo extraviado en reuniones y cafés delante de mis amigos, y es ahí cuando aparece aquel ser insoportable que no cree en nada, ni en la anarquía. Eso es el culmen de la melancolía, ya que uno no tiene a nada ni a nadie de qué aferrarse. Es la postura ideológica sin ideologías. Al no creer en nada y descreer de todo, demarco ese límite y ese abismo de mi máxima soledad. El anarquista no sabe mentir, y por esa razón no se desvela quedándose callado ante los demás. Simplemente arroja la templanza de su risa, y de inmediato, desbarata la opípara seriedad de quienes se sumen en creerse serios.

Prosigo: Reclus había estudiado con el geógrafo Ritter. Necesitado de crear un mundo en armonía, en una colonia agrícola, decidió viajar a la Nueva Granada. El ambiguo presidente Núñez había aprobado desde su residencia en Cartagena la fundación de colonias agrícolas en el país, igual como había ocurrido en el resto del continente. Se esperaban grandes migraciones. Reclus viajó desde Francia a República Dominicana, y de ahí se dirigió en barco hacia Aspanville, en Panamá. Colón era el nombre pero los dueños del ferrocarril de Panamá establecían un

calificativo cercano a su país, que era una manera de abordar el presagio a la invasión del Istmo. Bordeó las costas ávido de paisaje, de sumirse y vivir ese paisaje. Miró con rectitud la colonia de leprosos en Cartagena, narró la ciudad del hacha, y de ahí, entre la desconfianza de los aruacos, se internó no en la Sierra Negra sino en la Sierra Nevada. Quedó aterrizado con los comedores de tierra y pizarrones, alquiló bueyes que conocían los secretos de los caminos que subían a la Sierra; le encantó de nuevo el paisaje. Había dejado esta visión curiosa sobre las nacionalidades: el francés, el gringo el alemán. Era ante todo un observador. Narró la pérdida de fortuna de los buscadores de oro que pretendían encontrar de nuevo un Eldorado, luego de otras quiebras con filones quiméricos. Pero lo asoló el fracaso. Con dos ayudantes pretendió establecer una colonia: estableció cultivos, construyó una cabaña, pero lo que tuvo más cerca fue la frustración, sus ayudantes y socios lo abandonaron.

Hasta ahí la utopía de Reclus. En el fondo, los anarquistas somos una secta de solitarios que no aceptamos ningún tipo de vinculación con humanos. En nada nos favorece decir que somos hermanos en ideologías, partidos o religiones. En nuestra secta, no hay lugar para imposiciones, ni jerarquías.

“¿Qué es ser anarquista?”, nos preguntamos ahora, cuando la nieve puebla nuestras cabelleras, cuando las fuerzas disminuyen, pero nuestra voluntad se mantiene férrea; así como de férreo es nuestro silencio y nuestra voluntad de permanecer al margen. Nunca esperaremos otro verano menos temido, nunca iniciaremos campañas. El ser anárquico sobra en toda ideología, está al margen en la historia; siempre es incómodo en cada lugar donde vaya.

Terminamos exilados: Gregorio Jover, en algún país de Centroamérica; Francisco Ascaso, muerto en Barcelona mucho antes; Ricardo Sanz, en una humilde casa de campo cerca al río Garona, en el sudeste de Francia; Diego Abad de Santillán, en algún país latinoamericano; Federico Monseny, en Tolouse, dirigiendo el Secretariado Intercontinental de la CNT y vendiendo los diversos textos de la Biblioteca Ideal. Yo, Florentino Hernández, sobrevivo en la oscura madriguera de un conventillo de la Boca, en Buenos Aires, encerrado con los volúmenes de mi Biblioteca Ideal sobre el anarquismo, y con la sola compañía de la maqueta del

monumento diseñado a nuestro primer líder anarquista, verdadero filósofo de la naturaleza, Mijail Bakunin, montado sobre un caballo. Nuestro héroe no ostenta una cabeza, pues de acuerdo con algunos anarquistas, un héroe de nuestras ideas no puede ser reconocido: el anonimato es todo y la soledad es el resto. Es el reto de aceptar el orden más perfecto y deseado para la humanidad.

Parece que los demás compañeros se hubieran evaporado de la faz de la tierra. Esos fueron los verdaderos exilados, los que se marcharon sin derecho al regreso. Los derrotados eternamente, porque sé en mi interior, que el anarquismo nunca vencerá ni perecerá; es apenas una utopía a la que todos los gobiernos le temen.

Fuimos la única revolución verdadera, la única vencida y envejecida, pero nuestra integridad nunca será derrotada.

